

laico cristiano como puente entre el mundo de la competencia técnica y la verdad eterna de la Iglesia. Las responsabilidades apostólicas y misioneras del laico; las oportunidades específicas que se presentan a la universidad y al profesional cristiano dentro de la vida de la Iglesia.

A su Eminencia Bernardo Cardinal Alfrink, Arzobispo de Utrecht y miembro del Secretariado para la Unidad Cristiana, le correspondió desarrollar el tema de "La búsqueda de la unidad en el hombre".

Muy esquemáticamente presentamos el tejido de sus ideas. La identidad básica del hombre como base para sus aspiraciones hacia la unidad. La unidad de los cristianos como contribución positiva al mejoramiento de la sociedad y el logro del destino humano y sobrenatural del hombre. La realización de la unidad en el orden temporal: la erradicación de la desigualdad, la búsqueda de un entendimiento mutuo, la emergencia de organizaciones internacionales.

Este fue, acompañado de una

profusa distribución de documentos y publicaciones sobre los mismos temas, más reportajes de actividades o proyectos en relación con los mismos, el cuerpo doctrinal de la Asamblea.

Pax Romana, con sus cientos de federaciones representando a dos millones largos de estudiantes, de regreso en todas las direcciones de la rosa de los vientos, sembrará en el mundo este mensaje y esta dinámica. Vale la pena una plegaria por la fecundidad ubérrima de esta sementera.

## Pensamiento social del P. Janssens

El problema es urgente. Por un lado, el peligro se cierne sobre todo el pueblo cristiano, pues los enemigos de Dios y del género humano —me refiero a los materialistas ateos—, tras de haberse apoderado por la fuerza de buena parte del mundo, se aprestan a ganar violentamente cada vez más terreno, y divulgadas sus consignas esperan, no sin fundamento, conquistar por fin todo el mundo.

Prepara un campo fertilísimo para estas subversivas teorías esa desigual situación tanto temporal como espiritual de la inmensa mayoría de la humanidad. Desigualdad que frustra el sabio y benigno plan de la Divina Providencia y, con lesión de la justicia social y de la caridad, convierte la vida en la tierra de millones de hombres y de familias en un duro purgatorio, por no decir en un infierno. Pues en vano trataremos de derrotar al Comunismo ateo si no "se implanta un recto orden social según esos principios que tan luminosamente han expuesto los últimos Sumos Pontífices".

Y frente por frente del Comunismo ateo está esa otra forma de materialismo, llamado "liberal"; la de los ricos y capitalistas que, sin fe en Dios y en Cristo, o al menos arrinconando o negando esa fe en su vida práctica, sobre todo pública, fomentan sus propios intereses y privilegios más que el bien común de toda la humanidad. Creen éstos que los males sociales hay que sanarlos con remedios urgentes puramente económicos o materiales; más aún, con la fuerza, y armada si es necesario. No ven que la abun-

dancia de riquezas, si los preceptos del Decálogo no moderan su empleo, más bien fomenta los vicios, sobre todo un desatado egoísmo y avaricia, que hacen al hombre lobo para el hombre, y aumenta los males que lamentamos. A menudo, en vez de la tiranía de un partido político o del Estado, con la que el comunismo se burla de los proletarios, pone el capitalismo la tiranía de poderosísimas sociedades que dejan que el hombre y la miseria atenece a naciones enteras antes de consentir un descenso o una tregua en sus propios ingresos.

Y al mismo tiempo en muchas partes del mundo, no sólo en las llamadas "Misiones", sino también en las partes llamadas "cristianas", la levadura evangélica, confiada a la Iglesia, no fermenta la masa porque, como alguien ha dicho, no se ha enterrado en la masa, sino que se ha colocado al lado de ella. La masa proletaria, cegada por el materialismo, en general desconoce a la Iglesia. Se la figura como una Iglesia de sólo los ricos —pues ¿qué proletario hay (así discurren ellos) con tiempo y dignidad externa suficiente para frecuentarla?— o como mera administración de determinados ritos; porque apenas si parecen haber oído que es ella como la herencia que les dejó su Buen Padre, pregonera de las Bienaventuranzas en la tierra y para la vida eterna. Es verdad que son diversas las circunstancias en las diversas regiones; pero en muchas ciudades y pueblos "industriales" el número de los proletarios que profesan la fe y la viven es tan reducido, que con facilidad se

encuentran más en los países de misiones. No faltan tampoco entre los ricos los apóstatas e indiferentes; pero se dan sin duda en mucha mayor proporción entre los proletarios. Y, sin embargo, "para evangelizar a los pobres me han enviado, para pregonar a los cautivos remisión"...

La caridad de Cristo nos estimula. En innumerables miembros suyos Cristo padece aún hoy hambre, desnudez, destierro, desprecio. Abramos los ojos y consideremos a la luz de la verdad lo que estamos viendo cada día, y a lo que por desgracia hace tiempo que nos hemos acostumbrado y miramos con indiferencia; es algo intolerable y que exige reforma. ¿Es decoroso que hijos de Dios y miembros de Cristo vivan entre la sordidez y promiscuidad de tugurios como los que habitan millares de indigentes, no sólo en Asia y Africa, sino aun en no pocas regiones de América y Europa, en los que ni la pureza del alma ni la salud corporal se pueden conservar sin un milagro? ¿O es que "estableció Dios de un modo tan admirable la dignidad de la naturaleza humana y la reformó de un modo más admirable aún" para que unos pocos ricos, a fuerza de acaparar riquezas sobre riquezas, reduzcan a la miseria a innumerables hermanos suyos en Cristo? ¿No derramó más bien la Divina Largueza riquezas sobre la tierra para que puedan, no ya unos pocos, sino la inmensa mayoría y aun todos los hombres llevar una vida, si no cómoda, al menos holgada y llevadera, imprescindible para la observancia de los mandamientos?